

RECUERDOS DE UNA VISITA AL BRITANNIA ROYAL NAVAL COLLEGE, DARTMOUTH

*Francisco Johow Heins
Contraalmirante*

La lectura de la Página marina del ejemplar N° 4/1985 de nuestra revista, en la que el Contraalmirante Sr. Jorge Alarcón J. relata sus emotivas vivencias a bordo de un portaaviones de la Armada Real Británica, un día 18 de septiembre, trajo a mi recuerdo otro episodio del cual fui afortunado protagonista, que —al igual que el primero— es también testimonio de los más que centenarios vínculos de amistad, mutuo afecto y especial consideración recíproca que existen entre los miembros de las armadas británica y chilena.

En el año 1969 tuve el privilegio de ser designado por el alto mando naval para integrar el Staff Course, equivalente a nuestro Curso de Estado Mayor, que tiene lugar anualmente en el Britannia Royal Naval College, Greenwich, curso diseñado especialmente para oficiales de la Armada Real, y al cual son invitados como alumnos regulares oficiales jefes de otras ramas de la Defensa del Reino Unido, así como también algunos oficiales navales extranjeros. Estos últimos incluían un total de 16 Capitanes de Fragata y de Corbeta, representando a las armadas de: Alemania (1), Australia (3), Canadá (2), Chile (1), Estados Unidos (1), Filipinas (1), India (1), Irán (1), Paquistán (2), Sudáfrica (1), Tailandia (1) y Venezuela (1). Junto a nuestros compañeros ingleses, el Staff Course N° 40 estaba integrado por 51 alumnos, máximo posible con las instalaciones disponibles.

El programa de estudios incluye también numerosas visitas profesionales; entre éstas, una a la Escuela Naval de la Armada Real.

El Britannia Royal Naval College, Dartmouth, está ubicado en una de las laderas de las alturas que limitan por ambos costados un estrecho valle que incluye el lecho del río Dartmouth, a muy escasa distancia de su desembocadura en el canal Inglés o de La Mancha, todo lo cual se sitúa en el extremo suroeste de la isla británica.

Desde el imponente edificio principal, que asemeja un castillo feudal de la Edad Media, se domina ampliamente la pequeña y pintoresca aldea de Dartmouth, que se encuentra a sus pies, situada a ambos lados del río del mismo nombre.

Al iniciar nuestro viaje a Dartmouth, y luego que nos fuera repartido el programa en detalle para nuestra visita a la Escuela Naval, me sorprendí sobremanera al descubrir que mi alojamiento estaba dispuesto, junto al de nuestro director, en casa del Capitán de Fragata subdirector y director accidental del plantel, por ausencia del titular. Nuestros instructores fueron acomodados en las casas de otros oficiales de la Escuela Naval, y mis compañeros alumnos en dormitorios para cadetes, que se encontraban desocupados. Al averiguar el

* Sección que presenta al lector cortos textos literarios de clara ambientación marina. Puedan provenir de colaboraciones originales e inéditas, remitidas especialmente, o ser reproducciones de textos aparecidos anteriormente en *Revista de Marina*, o bien extractos de obras ya publicadas que han devenido en verdaderos clásicos en su género.

porqué de esta tan honrosa excepción para con mi persona, supe que el subdirector del Britannia Royal Naval College, Dartmouth, al saber que entre los alumnos había un oficial de la Armada de Chile, había solicitado de la dirección del Staff Course que se me considerara como huésped en su casa.

Luego de nuestro arribo, a tempranas horas de la mañana en un día miércoles del mes de mayo, mientras nos dirigíamos a casa de mi anfitrión, éste me expresó lo grato que le resultaba corresponder en mi persona, aun cuando fuera en pequeña medida, las múltiples atenciones de que él había sido objeto por parte de oficiales de nuestra armada, siendo oficial del *HMS Protector*, en sucesivas recaladas para descanso y aprovisionamiento que su buque hiciera a Punta Arenas durante las comisiones antárticas, a mediados de los años cincuenta. Recordaba con especial afecto a un entonces teniente de nuestra armada, a raíz de una broma idiomática que éste le hiciera, que lo condujo a una situación muy embarazosa, en una recepción social en casa del Comandante en Jefe de la Tercera Zona Naval.

El programa para el resto de la mañana incluyó conferencias y visitas a las diversas dependencias del establecimiento, que culminaron en un almuerzo general con todos los oficiales y cadetes en el comedor principal.

Como los días miércoles en la tarde los cadetes practicaban deportes, se nos ofreció participar voluntariamente en aquellos de nuestra predilección. Con solo mencionar mi afición por el buceo autónomo, actividad por lo demás no programada aquella tarde, se me facilitó equipo y asistencia para descender al fondo del canal de La Mancha, en las cercanías inmediatas a la desembocadura del río. Debí, eso sí, hacerme examinar previamente por el médico de la Escuela Naval y abstenerme en forma absoluta de beber alcohol durante el almuerzo, requerimientos muy razonables a los que me sometí sin objeciones.

Luego de estas tan especiales muestras de consideración de que había sido objeto exclusivamente por ser oficial de la Armada de Chile, ya que no me ligaba amistad ni conocimiento previo con ninguno de mis anfitriones, no podía yo sospechar que aún me esperaba una gratísima y muy emotiva sorpresa para el día siguiente.

Todos los días jueves, a las 08:00 horas, en el Britannia Royal Naval College, Dartmouth, se realiza una ceremonia de izamiento del pabellón, seguida por un desfile del Cuerpo de Cadetes, presidida por el subdirector. Nuestra partida estaba fijada para las 08:30 horas, por lo que no se esperaba nuestra asistencia a esta ceremonia interna, ocupados como estaríamos a esa hora de desayunarnos y preparar nuestro equipaje. Durante la comida de la víspera en casa de mi anfitrión, éste me informa sobre la ceremonia en cuestión y me preguntó si deseaba asistir a ella. Mi respuesta fue naturalmente, afirmativa. Pensaba en esos instantes que ésta sería, casi con certeza, la única vez en mi vida que visitaría la escuela formadora de los oficiales de una de las más prestigiosas armadas del mundo, adornada por las más antiguas y honrosas tradiciones navales, siempre vencedora en los numerosos conflictos bélicos de su tan larga trayectoria histórica. No estaba, por tanto, dispuesto a perderme detalle alguno que me permitiera conocerla mejor.

A la mañana siguiente, mientras nos dirigíamos al patio principal, lugar de la ceremonia y desde el cual se domina todo el amplio y bellissimo panorama del río Dartmouth y su aldea ribereña, el subdirector me pidió que yo presidiera la ceremonia. Le agradecí muy encarecidamente su honroso ofrecimiento, pero le hice ver que no conocía el protocolo ni la secuencia de los actos, a lo cual me respondió que se ubicaría detrás de mí para asistirme en todos los detalles del procedimiento. Tan pronto tomé mi puesto en la terraza desde la cual se dominaba el patio de formación, y luego del toque de corneta correspondiente, los

comandantes de las cuatro compañías de cadetes, formadas en línea, dieron término a la revista personal, procediendo a rendirme los honores militares reglamentarios y darme cuenta del estado de fuerza de sus respectivas compañías.

A la hora fijada se dio comienzo al izamiento del pabellón británico, a los acordes del himno God save the Queen. Inmediatamente después la banda instrumental, ante mi incredulidad y sorpresa, rompió con los acordes de nuestro himno nacional, ejecutado con gran maestría, mientras el pabellón tricolor subía airoso por el asta contigua a la del británico.

Creo que muy pocos debe ser capaces de reprimir alguna lágrima furtiva impulsada por la intensa emoción que se vive en momentos como el que he relatado.

Luego vino el desfile de los cadetes por compañías en línea, frente a los pabellones de Gran Bretaña y de Chile, que yo recibí y aprecié en esos instantes como el más sincero y hermoso homenaje que la armada de guerra británica rendía a la de Chile, esta última representada circunstancialmente por un Capitán de Fragata de su escalafón. Como algo anecdótico, quisiera agregar que hice repetir el desfile a la 2ª Compañía, a indicaciones del subdirector, que se encontraba a mis espaldas.

Guardo también, como estoy cierto lo hacen muchos oficiales de nuestra Armada, una gran deuda de gratitud, no sólo para el entonces subdirector de la Escuela Naval británica, sino también para con todos los Oficiales Superiores y jefes que fueron mis instructores y para con mis compañeros alumnos en el Britannia Royal Naval College, Greenwich, los cuales con sus actos y palabras me demostraron que me consideraban como uno más de los suyos, y me brindaron su espontánea y sincera amistad y compañerismo.

Creo firmemente que experiencias como las vividas por el Almirante Alarcón y por mí no son actos aislados sino que integran una cadena de hechos que conforman una relación muy estrecha y permanente en el tiempo, iniciada en la alborada de nuestra independencia política con la llegada del Almirante Lord Cochrane a nuestro país, relación que ha sorteado con éxito, y sin dejar huellas, algunos incidentes poco gratos o circunstancias desgraciadas que han ensombrecido momentáneamente las siempre cordiales relaciones entre ambos países, pero que invariablemente se han desvanecido con el correr de los años.